

La Pluma

Luis G. Martín
Escritor

La cultura

Cuando era un adolescente de pocos años, me sentía algo avergonzado por preferir la lectura a los juegos de brutos que la mayoría de mis compañeros practicaban. Poco a poco, sin embargo fui dándome cuenta de que aquella atracción por los libros podría llegar a ser como la deformidad del patito feo: una belleza que estallaría con el tiempo. De modo que la vergüenza se fue convirtiendo en soberbia, y a la edad de los 20 ya miraba a los iletrados con aire de superioridad, como si sus vidas aventureras tuvieran mucha menos grandeza que la mía.

Comencé a pensar que la cultura, además de ser divertida, tenía utilidad práctica. No que sirviera para ganar dinero, sino que otorgaba las herramientas necesarias para contemplar el mundo desde lo alto. La cultura le volvía a uno imaginativo, sensible, tolerante, perspicaz, justo, comprensivo, prudente y libre, entre otras afortunadas cosas. Es decir, justo lo que yo deseaba.

Pero no tardé mucho en darme cuenta de que no todo el monte de la cultura era orégano. En la universidad me encontré con decenas de personas a las que leer libros les hacía el mismo efecto que leer prospectos médicos: ninguno. Aún peor: además de seguir siendo igual de imbéciles, se volvían pedantes. Pensé entonces que excepciones a las reglas siempre ha habido, y seguí tan feliz, convencido de que aproximarse al arte era garantía de elevación moral.

Lo malo es que fui encontrando casi más excepciones que normas: melómanos que traicionaban a sus amigos o lectores de poesía romántica que estafaban a sus socios. No obstante, yo seguí impasible mi camino, despreciando a los iletrados y repitiéndome a mí mismo que los verdaderos amantes del arte serían seres prodigiosos.

A lo mejor es una cuestión de grados, me decía. A lo mejor hay que aspirar a artes superiores, en las que ya no cabrán impostores ni farsantes. Quizá leer un libro, ver una película o contemplar un óleo no sean ejercicios espirituales suficientemente elevados. Tal vez sólo una disciplina artística total, como la ópera, le otorgue a uno esas virtudes que yo he deseado desde niño para mí: imaginación, sensibilidad, tolerancia... Convencido de ello, me puse a escuchar a Verdi y a Wagner como un poseso. Y en cuanto haya adquirido un mínimo de altura operística, pienso pedir el ingreso en el Círculo del Liceo. Para estar sólo con gente de mi nivel. Con gente a la que la cultura ha hecho lúcidos, perspicaces y comprensivos.